

LA INTUICION Y LA TRADUCCION

Marshall Morris

Traducción por
Aileene Alvarez Rendón

Con frecuencia la experiencia despierta en nosotros intuiciones fuertes, intuiciones que eluden la expresión: me refiero a esa enigmática sensación de que una cosa guarda relación con otra o de que algo está o no correcto. Vienen a la mente con mucha rapidez, anteceden al pensamiento, y con igual rapidez las expresamos. Si sabemos reflexionar sobre ellas, estas intuiciones imperfectamente captadas pueden brindarnos la comprensión de la experiencia, ¡inclusive pueden señalarnos cuán engañosos suelen ser nuestros primeros intentos de expresarlas!

Sería recomendable recordar que no siempre decimos lo que pensamos o sentimos, de manera que nuestra capacidad de expresarnos con precisión puede no haberse ejercitado en lo que a asuntos íntimos y privados se refiere. Expresar bien lo que nosotros mismos entendemos a medias --como es el caso de nuestras intuiciones en cuanto al lenguaje-- no es un juego, sino una disciplina y además tiene sus recompensas. En todo caso, es importante que el traductor descubra y exprese sus intuiciones sobre el lenguaje: sin estos primeros intentos, a los traductores nos faltarían los recursos de donde extraer percepciones más fundamentadas y pulidas.

Recientemente una de mis estudiantes expresó una intuición del tipo al que me refiero y los demás miembros del seminario estuvieron de acuerdo con la forma en que se expresó. A mi parecer, lo estuvieron porque cada uno de ellos había tenido esa misma intuición, la tenían muy presente y todos carecían de un modo para expresarla.

Todos los miembros de la clase dieron la misma respuesta afirmativa. Lo importante es que fue una reacción general y

entusiasta, una especie de reconocimiento de que algo necesitaba expresarse o de que una expresión en particular era más adecuada o les daba mayor dominio sobre la experiencia o que, de algún modo, les facilitaba la comprensión de ella. Estas afirmaciones generales no son expresiones completa y definitivamente apropiadas. En el mejor de los casos, sólo nos proveen un punto de partida.

En un seminario donde se trabajaba con una difícil descripción de un personaje, cada estudiante leyó su traducción y una estudiante opinó que *existía una mayor diversidad de soluciones posibles al traducir al inglés que al traducir al español*. Su observación me sorprendió ya que era hispanoparlante. ¿Cómo era posible que le pareciera que al traducir a su segundo idioma hubiera más soluciones que al traducir a su propio idioma?

Yo había tenido una experiencia similar cuando comencé a estudiar español, y recordaba muy bien lo dicho por Randolph Haynes: en español hay una mayor libertad de organización sintáctica que en el inglés, ya que en español los verbos se distinguen formalmente por su conjugación, y los nombres y adjetivos, por el género. Es en el inglés donde con más frecuencia uno se enfrenta con el dilema señalado en el juego de palabras de Leo Rosten: *It is not the same to get a pregnant elephant in a Volkswagen as to get an elephant pregnant in a Volkswagen*. Puede ser que en español la secuencia sea principalmente cuestión de estilo, pero en inglés, la secuencia puede determinar si se logra un sentido particular o no.

La base de los dos entendimientos era distinto: la mía era una de recursos formales que me había señalado un especialista; en el caso de la estudiante era algo más bien personal, una experiencia específica con respecto al lenguaje que cualquiera de nosotros pudiera tener. Al darse cuenta de la gran diversidad de formas expresivas posibles, de pronto tuvo la sensación de que cualquier cosa era posible y suspendió su proceso normal de razonar. Me parece que debemos tratar de ver cómo es que algo así puede suceder porque, después de todo, para un traductor casi debe ser artículo de fe el que existan significados "nucleares". Si no ¿qué es lo que hacen los traductores?

En primer lugar: por lo general, en nuestro propio idioma contamos con todo lo necesario para hacer las distinciones más sutiles que nos pueda requerir la experiencia y, desde luego, aquéllas que ya nos ha exigido la experiencia individual. Esto es así no sólo en relación con el lenguaje sino con la sociedad también. Desde luego, no siempre *hacemos* las distinciones más sutiles a nuestro alcance: no siempre es necesario y hasta puede impedir que nos hagamos entender. Además, hay buenas razones sociales para no decirlo todo y desde niños hemos aprendido cómo y de qué hablar, y a quién.

En segundo lugar: por lo general, en el segundo idioma carecemos de toda esa multiplicidad de experiencia. Son muy raros los casos en que sí la tenemos. En su lugar poseemos un conjunto de equivalencias más o menos bien desarrolladas que comparten ambos idiomas, o que nuestra experiencia meramente individual ha hecho compartir. En el segundo idioma, el poder expresivo casi nunca podrá calificarse de sutil; sin embargo, sí contamos con lo necesario para *poder llegar a entender* sutilezas en el segundo idioma. También es esto cierto en relación con lo que desconocemos de nuestro propio idioma y de nuestra propia sociedad, pero no nos damos cuenta de ello por estar ofuscados por lo que *sabemos* o lo que *queremos saber*. Entonces podemos decir que en nuestro propio idioma tenemos la capacidad de establecer las conexiones, y que en el segundo idioma podemos aprender qué conexiones se hacen.

Trataré de hacer más precisa la distinción.

El proceso seguramente es el mismo en cualquier idioma y en todo idioma. Casi todos venimos al mundo con la capacidad para hacer las conexiones. Mucha de la experiencia común a los que hablan un mismo idioma no se expresa en palabras, no necesita expresión. Algunas veces esto ocurre por razones sociales y otras, por razones individuales. Sin embargo, la experiencia está allí aunque no la expresemos; es un recurso que otros comparten y no necesita explicarse cuando nos referimos o recurrimos a ella. No es fácil expresar las experiencias cotidianas; para hacerlo, podemos referirnos a aquellos aspectos más familiares del diario vivir que se expresan en palabras como algo rutinario. La razón para esto es que dentro de una sociedad o de un idioma algunas relaciones constantes permanecen: como son, por ejemplo, las relaciones que se pueden encontrar en la "estructura social" y en los nexos (para nosotros "naturales") hechos al asociar ideas, palabras o modos de expresión. Hasta existen relaciones constantes, aunque no necesarias, entre la conmovición y las formas particulares de la cultura material. Lo que hace posible que uno sepa cuándo algo está o no correcto y cuál es la relación existente entre dos cosas, es la constancia y la confiabilidad de estas relaciones; aún si la experiencia es nueva, es posible distinguir lo auténtico de la ingeniosa imitación.

En el segundo idioma es raro que tengamos experiencia suficiente como para hacer las distinciones más sutiles y saber intuitivamente lo que está correcto. Nos vemos obligados a tantear en la oscuridad y para esto dependemos enormemente de los nexos que hemos hecho en el primer idioma durante toda la vida... precisamente así es cómo se va encauzando a la intuición para comprender la experiencia. Aunque no nos demos cuenta de ello, aprender otro

idioma no consiste sólo en aprender el vocabulario, la sintaxis y la retórica del mismo, ni es tampoco sencillamente cuestión de hacer las conexiones. La intuición ha sido sintonizada al mundo de cada cual y seguramente está mal adaptada al proceso de establecer las conexiones en el segundo idioma. Es cuestión de *re-adiestrar* la intuición para enfrentarnos a la otra experiencia.

En estas circunstancias, en la que carecemos tanto del idioma como de la experiencia, hay una notable falta de "*textura*", *de matices*, por así decirlo, en nuestra visión de esa otra experiencia. O, si no en la visión, en la expresión que podemos asignarle. Aquí es donde con frecuencia nos engañamos. Jugar con el idioma es algo fundamental en la experiencia humana y tratamos de jugar en el idioma nuevo, es decir, nuevo para nosotros. No podemos soportar su falta de matices. A las formas lingüísticas --palabras, frases, modismos-- se les carga de significados que son innecesarios o que no se diferencian de la forma misma. Esto es cuestión de uso y si se prescinde de los principios por los cuales estas cosas ocurren, sencillamente llegan a significar algo que es "invisible" para el ojo lógico del que está ajeno a ese mundo. Todos sabemos que esto es cierto y se lo hacemos saber a los demás, sin embargo, al usar el segundo idioma podríamos imaginar o suponer que hemos adivinado la carga invisible de significados que tiene, y que nosotros también podemos jugar con el idioma ¡y hasta enriquecerlo! Esto es un engaño: aunque para nosotros resulte invisible, esa carga de significados específicos está allí, y el hecho de que la carga exista es de por sí significativo... por un lado porque los significados allí presentes tienen un sentido determinado, por el otro porque la humanidad se apasiona con establecer comparaciones y asignar significados. Las formas no están allí accidentalmente.

Ninguna adición a otro idioma resulta sencilla. Puede que uno se ponga a hacer retruécanos en un idioma extranjero --a uno le parece que lo hace con mucho ingenio-- y descubra que para el parlante nativo las palabras no han sido contrastadas en sonido y significado, o que el retruécano no es uno de los juegos lingüísticos de ese idioma. Para *jugar* se tienen que haber dominado tanto los recursos como las *posibles* relaciones, pues sólo éstas pueden ser establecidas. En tales conocimientos hay remedio para la comprensión, a medio matizar, del otro idioma.

Para generalizar lo declarado por la estudiante, diremos que ella pensó que existían más alternativas correctas y factibles en el segundo idioma. Si vamos por buen camino, es razonable decir que el motivo por el que ella sentía esa relativa libertad surgía de su familiaridad con su propio idioma: *en ese caso ella sabe qué va con*

qué, y se da cuenta cuándo comete un error y cuándo una expresión no corresponde o no se ajusta al tono general. Esta experiencia con el idioma es la que la estudiante no tiene y echa de menos en el segundo idioma.

Desde luego, no nos interesa la palabra "más" en el estricto sentido numérico. Nos interesa la impresión que hizo que la estudiante se expresara como lo hizo. Lo que ella realmente quiere decir es lo siguiente: *En este momento no puedo separar o distinguir las diversas formas. De algún modo, todas me parecen más o menos iguales. Puedo hacerlo en español y por esto tengo la impresión de que hay más sutilezas y distinciones en español y menos restricciones en el inglés.* Pero esto no fue lo que ella dijo.

Ella no hace distinción entre *los datos que no posee y los datos que no existen*. Este, el más humano de los errores, representa un peligro para los traductores, pero puede compensarse en parte recordando que nuestro idioma tiene sus propias reglas, y que la experiencia que de su uso tengamos, nos llevará por el camino correcto aunque no sepamos expresar las reglas. La reacción incorrecta es pensar que el otro idioma está exento de reglas y guías sobre la propiedad; es incorrecto suponer que un idioma en particular se comporte distinto a lo que, por experiencia sabemos es el comportamiento fundamental del Lenguaje.

¿Cómo se comete el error? ¿Cómo se puede evitar?

En primer lugar, uno sabe con qué recursos cuenta en su propio idioma y espera encontrar esos mismos recursos en el otro. Uno espera encontrar los recursos *particulares*, no el mismo *tipo* de recurso ni las mismas relaciones básicas. En segundo lugar, a causa de una carencia en nosotros como individuos... como cuando desconocemos algo. ¿Cómo saber que no sabemos? Cuando la experiencia está ausente, es humanamente imposible saber el por qué de esas particularidades, pero *sabemos aprovisionarnos de una duda sistemática acerca de la cabalidad de nuestro conocimiento*, y así anticipar o atenuar el hecho de no saber. (Nótese que específicamente *no* animo una pérdida de confianza en uno mismo sino que dirijo la atención hacia lo objetivo y lo demostrable --lo conocido-- y cuyos defectos pueden ser corregidos mediante el aprendizaje.) La observación de la estudiante ahora quiere decir lo siguiente: *En estos momentos no tengo elementos de juicio para opinar sobre la propiedad de lo que, a mi parecer, son las formas posibles.* Claramente este es el punto crítico, precisamente la base para llegar a emitir un juicio.

¡Es muy distinta esta formulación a la expresada por la

estudiante en su primer intento! Anteriormente había una misteriosa comparación entre los idiomas que, aunque superficialmente objetiva, no nos proveía forma alguna para adelantar en lo que hacíamos: una traducción. ¿Qué fundamentos pudieran existir para preferir sólo *una* de las alternativas ofrecidas en el seminario? Una solución, pues una traducción se distingue de un análisis por lo menos en esta manera fundamental: ha de ser *una forma equivalente*, una sola forma que resuelva el enigma planteado por el original.

No existe una expresión de la experiencia que sea totalmente adecuada. Siempre nos enfrentamos al problema de adaptar a nuestra experiencia las frases hechas y las expresiones sociales y lingüísticas disponibles. Al igual que poetas, estamos obligados a dominar este lenguaje público y usarlo para nuestros propios fines, es decir, donde quiera que nos sirva como expresión de nuestra experiencia. Tenemos que hacer que esta substancia pública del lenguaje llene nuestras necesidades; esto es lo que se quiere decir con *dominar* una lengua, aun la propia.

Para algunos la respuesta inicial sobre la experiencia de la traducción habrá parecido demasiado "sencilla" y la exposición que de ella he hecho, demasiado obvia. Sin embargo, lo enunciado por la estudiante no fue una tontería, solamente estaba incompleto, dicho sin reflexionar. Muchas de nuestras reacciones hacia la experiencia son "sencillas" en este sentido: llegan a la mente sin reflexionar cuidadosamente y con frecuencia las expresamos en voz alta en el momento más inoportuno. Esto sucede por algún motivo.

¿De qué vale explicar un "sencillo" problema de tal complejidad?

En primer lugar, se quiere demostrar que no es algo sencillo aunque, en cierto sentido, podría ser elemental. Tras el error implícito en la expresión está una intuición poderosa que podría afectar toda la empresa de la traducción: un segundo idioma sin reglas es pura ficción y en la traducción, donde la precisión es esencial, imaginarse que uno tiene mano libre es desembocar en el desastre. Entonces, ¿por qué molestarse en ser preciso? Imaginar que nuestro propio idioma es superior en su capacidad para hacer distinciones sutiles y significativas es suponer inmediatamente que el otro idioma es inferior. En ambas actitudes hay un misterio. Después de todo, ¿por qué molestarse en traducir? Uno ha llegado a una conclusión sin siquiera haber comenzado. Tales actitudes basadas en la expresión defectuosa de una intuición útil, sólo pueden desorientar y predisponer al traductor en contra de los textos que se le presenten.

La *expresión* es la que prejuzga, no la intuición. Las intuiciones provienen de niveles inconscientes y, por lo general, la mente no ha

ejercido influencia sobre ellas. La expresión, aunque se nutre de estas fuentes, ha sido expuesta a nuestra manipulación. Hay cosas que no diríamos o no nos atreveríamos a decir y ni tan siquiera a pensar; cosas que sanciona la sociedad donde vivimos o que nosotros, en lo particular de nuestras vidas, no podemos aceptar. Cuando la expresión está delante de nosotros --escrita, hablada, hecha pública-- podemos examinarla en cuanto a sus verdades intrínsecas y descartar aquellas expresiones que encontremos inadecuadas.

Entonces este no es, de ningún modo, un problema trivial, sino uno muy profundo disfrazado de mera charla espontánea. Es cierto lo que dice Rodney Needham, "Lo esencial está en todo lo que nos rodea".

En segundo lugar, se quiere demostrar que tales cosas pueden ser investigadas provechosamente, y así trabajar, hasta donde nos sea posible, contra confusiones y temores innecesarios para disipar aquellos misterios que puedan ser disipados. W.W. Sawyer dijo al escribir sobre las estrategias y tácticas del estudio:

Con frecuencia las personas llevan una nebulosa de pequeñas dificultades en la cabeza: no están seguros del significado de las palabras: no están seguros de lo que antecedió; no están muy seguros de cuál sea el propósito del trabajo. Uno puede hacer frente a todas esas dificultades si las toma una a una.¹

Simpatizo con esta actitud que proviene de un matemático que es también maestro. De modo que esta es una cuestión moral:

...es muy dañino para el ser humano adquirir el hábito de la cobardía en cualquier aspecto. El ideal de la salud mental es estar listo para encarar cualquier problema que la vida nos presente... no es pasar apresuradamente apartando los ojos para no ver las dificultades.²

Entiendo que la relación de lo anterior con el problema de la traducción resulta clara.

Y si el lenguaje es más complejo que las matemáticas --por el hecho de que existen tantos posibles niveles de significado, y tantos

¹ W.W. Sawyer, *Mathematician's Delight* (Harmondsworth: Penguin, 1943), p. 45.

² *Ibid.*, pág. 7.

sistemas y usos convencionales a los que el traductor debe enfrentarse a la vez-- es también cierto que los textos, al igual que las matemáticas se dejan analizar, y por eso son más parecidos a esa fría disciplina que a la más breve conversación con un amigo o con un amante, donde la cobardía y la claridad mental están siempre en juego. Es relativamente fácil considerar los textos y la traducción desapasionadamente.

En tercer lugar, quiero señalar que nuestras intuiciones *no* equivalen a nuestras expresiones, un punto en que he insistido quizás demasiado. Es posible apartarnos de algo tan complejo como lo son nuestros propios sentimientos y reflexionar sobre ellos. Aquí, desde luego, señalo algo que es tanto moral como pragmático. Si un traductor cree que sus intuiciones y la expresión de éstas es una misma cosa, entonces dejará escapar una rica fuente de soluciones perceptivas: uno mismo. No podrá escuchar con simpatía e inteligencia a sus propios razonamientos ni a la experiencia de su vida particular y, por consiguiente, no los sabrá aprovechar en su profesión. La distinción entre la intuición, la cual raras veces es errónea, y su expresión, la cual con frecuencia está mal, le permite al traductor asumir una posición correcta ante los textos que se le presentan. ¿Cuál será esa posición correcta? La meta, me parece, es merecer la observación que hizo Robert C. "Sing" Stephenson refiriéndose a Keith Bosford como traductor: es *intelectualmente modesto ante el texto*.

El argumento entonces es el siguiente: cuando se le da forma a algo entonces ese algo podrá ser examinado. Se puede ver dónde se acopla al entendimiento y a la experiencia. Se puede ver dónde nos hemos excedido y se pueden percibir las disonancias. De nada sirve decir: No diré nada hasta estar seguro de tenerlo correcto. La corrección depende enteramente del ensayo. Cada vez que algo se ha hecho correctamente es porque antes han habido pruebas de alguna clase y ninguna de ellas estaba del todo correcta.

La intuición, con la lógica, es el gran recurso del traductor, y es más poderosa que la fuerza conjunta de los diccionarios, los tesauros y el experto residente. La intuición es lo que el traductor debe aprender a aprovechar de manera disciplinada y respetuosa, para manejar las sutilezas del lenguaje y la experiencia social. Cuando puede lograr esto, está lejos de ser la criatura mecánica que para muchos es el traductor y tendrá ante sí la posibilidad de calidad, riqueza y hasta creatividad en la labor con que se gana su sustento.